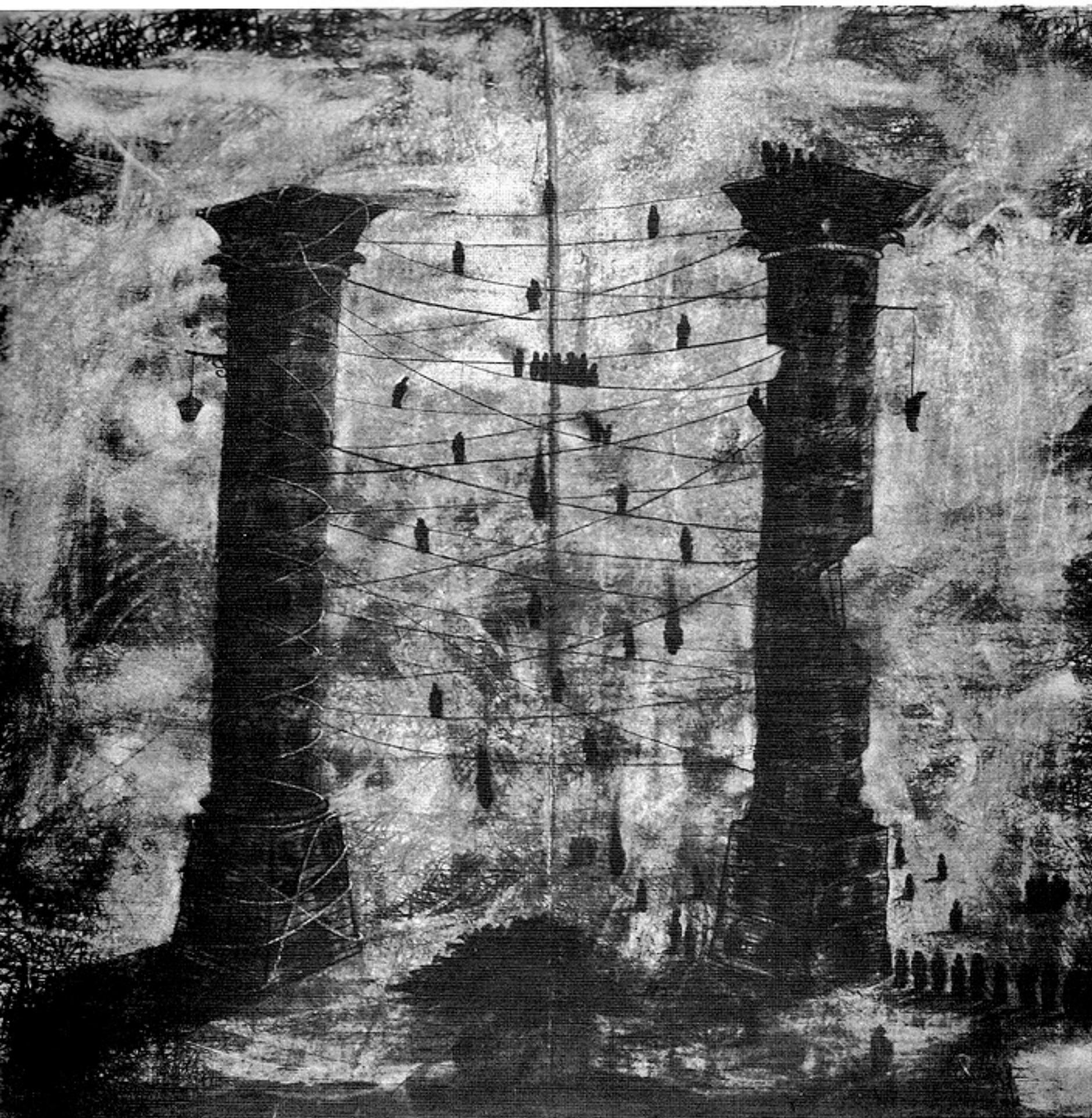


MÁS BLANCO



QUE NEGRO

Virginia Alberdi Benítez:

Sueño y pesadilla del paisaje urbano. (Fragmentos)

La ciudad ha devenido símbolo de sucesivas construcciones, deconstrucciones y reconstrucciones en el imaginario del arte del siglo XX y parece que con la nueva centuria, inundada por las circunstancias inciertas de la era global, esa zona temática seguirá conociendo nuevos abordajes.

En las artes plásticas cubanas, un tratamiento obsesivo, y quizá uno de los más profundos en consecuencia y coherencia, es el que nos ofrece Sándor González Vilar, un joven artista habanero que en los últimos tiempos se ha hecho notar por la conjunción de oficio, capacidad reflexiva e incitación provocadora, a partir de un ejercicio riguroso del dibujo.

“El dibujo, la línea y el claroscuro (suele explicar Sándor) están implícitos en mi forma de expresión desde el tatuaje, el cual ejercí por más de cinco años. La línea segura y directa es imprescindible ya que en el tatuaje no te puedes equivocar. En el caso de la serie acerca de la cual estamos hablando, la gestualidad es algo muy importante, ya que ésta, dependiendo de mi estado de ánimo, adquiere una estética particular. El dibujo, además, es una forma muy eficaz de exponer e ilustrar una idea o una historia, y a veces son varias las que me vienen a la vez. Si las pintara o las esculpiera demoraría semanas, quizás más, perdiéndose así la magia del gesto y lo espontáneo. Mi preferencia por el blanco y negro tiene su explicación desde mi forma de ver la vida, asumo y analizo lo que me circunda de forma sincera, sin rodeos; creo que el color es algo que enriquece estéticamente. No renuncio a su utilización, pero ahora me adhiero a las posibilidades que aporta el contraste del blanco sobre el negro, o viceversa. Mi obra es cruda y directa: gusta o no.

Hay un regusto escenográfico en el tratamiento de las imágenes. Si en la más reciente plástica cubana, Fabelo representa el “teatro del mundo” mediante un lenguaje de referencias esperpénticas, de evidente filiación boteriana, Sándor teatraliza las situaciones límites a las que están abocados sus personajes, esos hombres mínimos y anónimos, y sin embargo plenamente individualizados en su relación con el medio, desde una perspectiva “seria”, pero sin que ello implique una solución narrativa.

Ese es precisamente uno de los mayores hallazgos de su obra, haber sabido controlar la verbalización de las imágenes de modo tal que los conceptos ideológicos se transmitan a través de soluciones gráficas inherentes al oficio de dibujante.

De modo que ante esta muestra podemos hablar con propiedad de ganancias netas en la recuperación del dibujo como parte consustancial de la expresión plástica que nos identifica, y más aún, en la necesaria problematización de los conflictos humanos ante los que debemos responder.